

Ricardo Tudela

Arte y espíritu

Todas las cosas a las cuales me doy,
me enriquecen y me gestan.—RILKE.



L arte, lo sabemos todos, es el drama potente del hombre. La voluntad—la intuición creadora—desdobla las pequeñeces de la vida cotidiana a objeto de sublimizar lo mejor del corazón. Mas una expresión contentadiza de la vida no extrae de ésta el impulso humanizador, sino el mero arte que es detención lisonjera, yuxtaposición de superficies y alguna evasión de las sombras. Nada resume en él lo substancial de los jugos humanos; y en tal sequedad, la fuerza auténtica, el arte vivo, es cosa distinta y quemante: el fuego del espíritu. Es en ese desdoblarse inmensurable de la profunda realidad estética, donde el artista sorpréndese de la grandeza que le toma por dentro. Si espera a que todo se vuelva tensión, comprensión, desgarramiento, el arte genuino, de sangre caliente, de gozo tumultuoso, no llegará al instrumento artístico; es el mismo artista que, merced a su heroísmo integral, estructura sus formas vitales nutriéndose en lo

que es. Desde esa realización del ser, todo arte es cierta medida íntima de expresión y un movimiento liberador de la vida. Cuanto más ensancha esa totalidad, mayor sentido rítmico adquiere su estilo. Entonces arte y artista se conectan con la inasible profundidad, vertiéndose simultáneamente y creciendo para un sentido trascendente de la estética. Cada existencia busca su expresión; si no la alcanza, queda mutilada. Si hubiéramos de diseñar los modos, nada nos permitiría su mejor realización que el «atrevimiento». El que se atreve posee la aptitud disociadora, en virtud de la cual un hombre cualquiera puede enfrentarse con sus fondos instintivos. Ese que disocia conoce los movimientos secretos de lo que es. Para que sus mundos cobren la suprarrealidad, necesita dominar la técnica de los matices y hacerse dueño del punto vital en que éstos engarzan estéticamente con el espíritu.

Una línea, un color, con ser planteamientos de las resistencias de las formas, espiritualmente, constituyen variantes plásticas en que la expresión busca belleza. Con todo, sólo el sentido sublimiza. Para que ésta adquiriera su vivencia íntima, inalienable, es menester una prioridad en que la parte viva del artista «desrealice» subjetivamente sus conjuntos. Las cosas no se dan substancialmente para el arte, sino merced a esa extraordinaria capacidad de desdoblamiento. El desenvolver lo intrínseco por medio de líneas, colores, sonidos, formas, ritmos o sugerencias verbales es, en verdad, la mayor concentración de lo que es. El creador que no

parte, fundamentalmente, de esa obscura y huraña realidad, se expone a frustrar su jerarquía de artista. Por más realistas que queramos ser, artísticamente, toda expresión desrealiza lo objetivo. No existe el poder capaz de impedir que la parte misteriosa o mágica del arte tome de la profundidad del hombre lo que pertenece a lo indefinible del hombre. La vida tiene elementos irresistibles que se realizan desde lo irracional; cosa que acontece también en el proceso artístico. Irracionalidad y esencialidad son dos medidas antagónicas del hombre que, desde su impenetrable naturaleza espiritual, confunden sus aguas en el afán eterno de ahondar el océano de la vida. Y es, precisamente, de esa convergencia suprahumana de donde proviene la heroica armonía de la belleza. Aun manejando el artista elementos tan frágiles y huidizos como el sonido y las palabras, nunca dejará de operar sobre la viviente plasticidad del dolor. Es por virtud de esa aproximación estética a la realidad metafísica como aligérase la pesadez de las formas; y siempre en sentido directo de lo hiperfísico, conteniendo el rebalse expresivo, a fin de que ajuste la interioridad a la perennidad. Sin ese aliento, el arte vive limitándose incesantemente. Expri-me, estérilmente, la entraña humana, porque el hervor de un arte con grandeza renueva cuantos sentidos brotan heroicamente del dolor en procura espiritual del trasmundo del dolor.

Hemos de convenir que tantos mundos encontrados no pueden tener más leyes que las que crea el sentido

profundo del artista. La necesidad, cuando responde a ese sentido, crea fuerza creadora. Y sin dogmas, más allá de las fronteras intelectuales, en franca pugna con la naturaleza, el pulmón vital del arte es la libertad. No sería posible encontrar un esquema de esa acción en que el hombre restaura la desnudez de su función de crear; precisamente, porque carece de estructura definida, un impulso vago y potente caracteriza lo genuino y recóndito del arte en su viviente conexión con el ardor del artista. Todo eso, dondequiera que se ubique llámase, a la postre, de la misma manera. Es la esencia de la libertad cósmica, vuelo integral en que creador y criatura identifican sus formas; como procuran idénticos sentidos, una belleza total deja de pensar en sí misma a cambio de un sentimiento único. El carácter define y solivianta. Mas sólo en trance final de ese carácter, cuando adquiere su unicidad, el arte es auténticamente responsable y puro.

Por eso, corresponde apresurarse a comprender la verdad perenne del arte: que el sentido íntimo quiere realizarse. Y el complemento de esa verdad: que hay que contar con el dolor como única fuente de lo que es. El arte—la sobrehumana comprensión creadora del arte—es todo el dolor posible en la infinita sucesión de la vida. A fuerza de sufrir, la expresión interioriza sus resonancias y un dolor de liberación completa el sentido. Sin duda cada creador aférrase a ciertos modos personales; es la fineza técnica que, por obra de su propia renovación, se va limitando en una concentra-

ción de planos. Si el ser maneja sus instrumentos totales, cuanto brote del momento puro convergerá hacia afanes de totalidad. Empero, no es en ese país donde la belleza vive genuinamente por sus intuiciones del espíritu. En toda búsqueda estética de sobrerrealidad, nada alarga más fatigosamente el camino que sobrecargarse de esperanzas. El arte fué siempre heroicidad de la desnudez interior, porque si el hombre no alcanza el vigor de lo que es, perderá su fuerza en meras destrezas de la forma. Hace falta la sabiduría misteriosa del engarce de matices, plano y trasplano de una misma cosa substancial. El crear pone contiendas en el verdadero acento del hombre. De ellas, nacen las tensiones en que realizase el artista. Porque un arte auténtico y pujante «conoce» la integridad y el misterio de su fuerza y ve en qué fondos de humanidad hierve la belleza.

Un valor decisivo, de clima interior, exige del artista la supresión del recuerdo. Cada uno está construído estéticamente en disociaciones de saturación. Se ha visto y vivido en ardientes e incalculables mundos ajenos, que son otras tantas formas de equivocarse la puntería de nuestra realidad. Todo eso se interpone entre lo que pide interiormente vida propia, singular. No es posible enumerar objetivamente las zonas lúcidas en que el artista se conecta consigo mismo. Mas la fuente extraña, impenetrable, de donde brota la obra rica y madura, no está sino en el estado puro de desnudez del espíritu. Y todo eso es una imantación del ser hacia la genuinidad de su fuerza de combate. Si la vida organiza secre-



tamente sus leyes creadoras, un pensamiento que no sea esencial no responde a la flexibilidad rítmica del estilo personal. Entonces arte y artista carecen de clima. Pueden remover cuantas intensidades permita el vuelo de la intuición; siempre habrá recuerdo que cierra el fondo surgente, que limita la vida de adentro. Si existe autenticidad de espíritu, se percibirá el clima; por densa que sea la expresión, el temblor humano transparenta lo que se quiere decir. Algo decisivo y fuerte interpreta nuevas realidades substanciales. Es el mensaje vital del creador, que antes que nada busca liberar. Por eso ha sido siempre el arte una forma apasionada de expresar los zumos de la angustia, vertiéndolos en la profundidad. Por eso constituye el arte un alegato del ser con la naturaleza, ya que una emancipación del impulso creador recorre el tremendo registro de la vida a objeto de que dolor sea amor.

Estamos acostumbrados a asustarnos de nuestro propio atrevimiento. Esa mutilación de la espontaneidad esclaviza el espíritu. Si un arte vivo no promueve nuestra verdadera libertad, es un arte a medias, sin resonancia entrañable. Crear es enderezar hacia la vida la iniciativa espiritual de que somos capaces; cuando se posee ese coraje, esa elasticidad de voluntad, de ritmo intuitivo, ya no es posible quedarse solo: hay frenesí, exaltación, embriaguez. Cuando el artista fuerte sabe apasionarse, encuentra el acento de liberación y plenitud. Bien lo sabía Nietzsche cuando dijo: «Del incendio propio surge la propia doctrina». Y el arte requiere

incesante estremecimiento, amor ilimitado, dolor de agonía cotidiana. Si el hombre se entrega a tan extraordinario desvelo, ¡ni el cielo ni la tierra tienen suficiente amplitud para contener las audacias de su espíritu!

El hombre que recorre todos los caminos del instinto y, por tanto, anhelar pertenecerse a sí mismo, descubre al fin que es sólo poseedor de sus soberanos sueños de belleza. No obstante, vive como guardián de lo que nunca poseerá, porque las contradicciones en que el destino crea los movimientos de la vida, participan coetáneamente de cosas que pueden ser apariencia o realidad según encuentren o no acento y expresión en el espíritu. A eso atribuyo el que todo arte auténtico sea arte exaltado. El sentido heroico no teme contradecirse, por más que se vea obligado a adoptar formas grotescas o espirituales de ataque. Tiene mirajes intransferibles y decoros que le pertenecen. Con ese bagaje, su naturaleza es pura en su realidad de sentido. Una naturaleza estética que no se arriesga en su propia pesadumbre de limitación expresiva, no encuentra el mundo fantasmal en que las formas artísticas adquieren atmósfera de tragedia. Y un arte de autenticidad y supervivencia conoce la agonía metafísica y los eclipses individuales. Es un ardiente esbozo de mundos en construcción, completamente acabados cuando la belleza no se acuerda más de sí misma. Si el artista responde en esa hora pura con la única fuerza que el arte exige de él, arte y artista compenetran la inmensidad del dolor. Y la obra es, desde ahí, el porfiado registro del amor.

Tanto en lo que se logra como en lo que se ha de vivir únicamente en la efusión de la perspectiva, el amor se hará presente a objeto de que cada expresión realice su mundo de liberación. Una escala subjetiva de temblores y ardores compondrá el apasionado regocijo del creador. Y por más que la pasión recobre los mejores latidos de la vida, el ojo que sabe ver o el oído que percibe interiormente captarán los rescoldos profundos o la armonía que profundiza la libertad.

El tiempo que nos ha tocado vivir exige del artista una intensidad espiritual agonista y profunda. Por la misma razón, su arte será muscular y medular. El que crea tumultuosamente necesita aprender la técnica subjetiva del tumulto. Es la calle y la pavorosa soledad metafísica, el recuerdo torcedor y la muerte en blanco. Una niebla de decirlo todo sin materia expresiva, sin ruidos humanos; y el despertar de la respiración recóndita, de la subvida de las pasiones, del viboreo vaporoso de las larvas y el dramático rodaje de torsos y presencias que nunca han de habitar la tierra. Y ese arte, enraizado en el dolor metafísico, en la desgracia de descarnarse, puede alcanzarse la dicha de plenitud terrestre, de sublimación humana. Porque un arte total, jubilosamente entroncado con las raíces vivas del hombre, lo mismo participa del desgarramiento social en que agoniza nuestra cultura, que del grito libertador en que el espíritu disfruta de su pura plenitud. Si la intuición sabe desordenar los ritmos en mérito a un orden nuevo, cada período en que el hombre recobra su pro-

fundidad compondrá la sigilosa y gozosa sabiduría de ser. Y ese arte de lo que es resume la última realidad de toda estética viva.

Es claro: estética es también justicia. Justicia de amor, de limpio y concentrado amor. Conozco las objeciones en que se ha de encerrar esta embrujada carrera de crear. Mas si el artista tiene su justicia, la tiene porque se da totalmente en la hora lúcida de su sentimiento. Cuando pregona un orden nuevo no duerme bajo el encanto narcótico de su frenesí; por el contrario, es su única manera de estar despierto, de avivar las llamas activas y constructivas del sueño. La justicia le viene exactamente en voz de su propia sangre y buscando cuanto representa su capacidad de resistir. Ha sabido pelear por todos los caminos, jugarse cabalmente como un bandolero, morir y revivir en el lomo del mismo tiempo. Y ese hombre—y esa libertad de adentro—es, auténticamente, la nueva justicia, el lodo y los nardos de la nueva justicia. De la belleza se va a ella por caminos distintos, mas en ratificación dolorosa y tumultuosa de la justicia que se anhela. Y la vida de combate está en todos los rincones, en la calle sucia y el campo magnánimo. Es el arte que sangra por la vida, a objeto de que la vida triunfe en el hombre. Y el dolor de dar es, por eso mismo, el dolor de encontrar. Si es muerte, porque en ella realizase lo que insiste en nuestra ínfima completación; cuando ya no quiere sino la muerte de ser, porque en esa atmósfera ni arte ni hombre encienden otra luz que la realidad del espíritu.

No debemos ni podemos pensar en la belleza auténtica y pura sin conectarla y enraizarla con la justicia. Porque el hombre ha venido de mil comarcas en que el clima parecía perdido en su corazón para siempre. Para respirar con todo el pulmón de la vida es imprescindible un sentimiento altísimo y permanente del sentido cósmico. Poco importa que esto sea arrojar lo substancial del hombre a esferas de metafísica exclusiva, pues la dirección total del dolor se concentra definitivamente en planos de permanencia creadora. Y todo—la totalidad—es brutalmente espíritu para la forma y sentido para la realidad. Y un sentido que no conoce, ni quiere conocer, sino el goce desnudo de las esencias, lo es todo en cuanto comprende cuánto se diferencia de sí mismo en la expresión artística y cuánto permanece puro y auténtico en su propia audacia de crear.

Una justicia genuina y despierta no sólo cabe en el arte, sino que debe ser totalmente la belleza de ese arte. La belleza desinteresada que, por serlo, desgárrase por el hombre, ha cruzado por todas las grandes etapas históricas buscando ardientemente el hombre. Esto explica que cada período buscase su autoexpresión en un contenido de sobrehumanidad. Y es ahí precisamente donde aparece la diferenciación espiritual que se objetiviza en modalidades, tendencias, doctrinas, técnicas, etc., pasos substanciales que interponen una medida del hombre para su sentido profundo. Todo eso constituye un estilo. Y la justicia—la que aun no hemos po-

dido conquistar—tiene originariamente el suyo. Si el hombre actual está transformando tan profundamente, a pesar de sus terribles crisis, la estructura de la vida a realizarse, paradójicamente es porque tiene ya la intuición del espíritu que la caracteriza. Y ese espíritu, desde sus zonas vitales, es la alta, soberana y auténtica justicia de la humanidad estética.

Y aquí retornamos al acento supremo del hombre: el dolor. Es la salvaje y milenaria canción que lo transporta; desde sus propias contingencias, aferrado a las cosas de relación circunstancial—aparente, objetiva nada más—cobra ecos y resonancias de mundos interpuestos y contrapuestos, los que combaten subjetivamente para conectarlo fundamentalmente con la vida. Entonces comprende que el ser consiste en cierta afinación de potencias; descubrir, ante todo, su alígera y volcánica realidad de expresión, después de lo cual es pluralmente posible la realidad de sentido.

A esa faena misteriosa del arte y la vida, hay que darle el nombre de libertad. Sólo por ese sentimiento irreductible y potente se hace hombre la verdadera justicia. No puede asustar la paradoja, porque en su propia capacidad de realización arde la comprensión. Si el hombre no posee el frenesí y los goces rítmicos de su libertad, no tendrá nunca la flexibilidad de lo que es pluralidad amorosa y dolorosa de justicia. Uno y otro estado son la misma realización, tanto si se vuelca sobre la vida como hombre o sobre la estética como vida. La cuestión es que quien sea artista se en-

tregue frenéticamente a lo que persigue, creando substancialmente el perfil y los contenidos de la paradoja que encarna.

No se me escapa que en la misma trabazón de estas intuiciones aparecen juntas la libertad y la servidumbre. Sólo en apariencia, felizmente. En su contextura íntima, definitivamente personal, hay un hilo conductor en que lo humano se conjunciona con sus probabilidades para una seguridad de surgimiento espontáneo del espíritu. Al efecto me parecen magníficas estas palabras de Max Scheler: «En cuanto ser que puede «deificarse» a sí mismo (mediante la activa coejecución de los actos espirituales), el hombre es algo más que ese callejón sin salida; es el ser en quien el ente originario comienza a saberse, a entenderse y redimirse a sí mismo. El hombre es, pues, las dos cosas a la vez: un callejón sin salida y una salida».

Desde esa certidumbre del ser es posible la verdadera justicia. Con ella, alma y corazón ensamblan sus armonías profundas: sentido del contrasentido. Si tal percepción subjetiva encuentra finalmente su expresión, débese a que el arte, contra todos los conceptos, es siempre el destino humano y la forma pasional suprema de libertarlo. Frente a esa universalidad nada queda extraño a la altivez humana. Por el contrario, es el hombre mismo, las formas y la esencialidad objetiva y metafísica del hombre. Es que quiere sobrevivir a una verdad más posesionada de la totalidad de la vida; in-

sí mismo. Al sentirlo totalmente en todas las raigambres hambrientas del ser, arte y vida identifican gozosamente. Desde entonces, la dicha—la capacidad de exaltar la justicia gozosa de la dicha—no es sólo la armonización del hombre con el dolor social de su soledad, sino también otra soledad con géneros y vibraciones indefinibles. En arte impera ese juego subjetivo y subrepticio de lo indefinible. En sus formas originarias, nació del temor mágico de la naturaleza; en formas más crecidas y humanas, cruza las mismas zonas primarias y las que ha creado el progreso evolutivo de la conciencia. Mas ejerce de la misma manera diversas formas de influjo, por lo que todo arte ha de reservarse, por esclarecida que tenga para sí mismo su estética, una parte substancial de claridad y otra parte virgen de misterio impenetrable. Así, nada responde al afán de sobrevivir como comprender que una muerte personal es siempre la mejor manera de crear el silencio. Si el arte no se nutriera, en sus raíces, de esa «presencia» inconcebible e incomprensible, ¡qué planos pequeños y deleznable sostenrían la desgarrada y palpitante hondura del creador! Felizmente, crear es libertar. Libertar para la vida integral, dolorosa y gozosa. Con géneros extraviados, sin verdaderas vías humanizadoras, el artista de garra feroz tiene invariablemente esa intrepidez inalienable del corazón. Todo eso, múltiple y contradictorio, es su verdadera pureza.

Empero, nada dura en ese fluir perpetuo, mientras el sentido no se entrega a su insóndable realidad. Es desde

tegridad, por veracidad, del goce de desposesionarse de ella como el artista sobrepasa valerosamente sus limitaciones. Un arte completo, en gracia a verificarse integralmente en la exploración del hombre, conoce los manejos y alteraciones que sufre el valor estético del hombre. ¿En qué planos están los auténticos sentimientos de cada uno? Averiguarlo merced a la ciencia psicológica es frustrar la riqueza anímica. En cambio, sin tanto aparato, el arte posee en sí mismo incalculables y valiosos instrumentos de verificación. Basta entregar la propia vida al frenesí creador, y muy pronto intuición y sentimiento sabrán de qué lado se les llama substancialmente. Al responder, cada zona entregará lo que es en nuestra organización espiritual. De lo cual no hará falta sino la vivencia de las horas audaces, del raptó feliz; cuando alma y corazón advienen una misma persona y, detrás de toda la urdimbre del preconcepto, dan libertad pura y auténtica al aliento interior.

Hemos dicho que todo arte puro y vital busca lo más rebelde y libertario del hombre. Lo tenemos que rubricar pasionalmente en el instante de la suprema lucidez. Cuando la intuición creadora liberta todas las potencias del ser, el arte es lo libérrimo de las características humanas. Si impera la plástica, no será preciso la determinación fisonómica ni el hallazgo particular; es más bien la «desrealización objetiva», aproximación de elementos distintos, creados sobre la realidad

intuitiva. El color, la subversión del volumen, todo ha de influir en esa extracción estética de lo que es. Igualmente acontece con la música y poesía, si bien en ellas las proyecciones metafísicas realízanse intensamente. El artista vierte subjetivamente más de su intimidad. Y detrás de cuanto expresa—de cuanto sugiere—apenas entra cierto aire finísimo, de temblor hiperfísico, que no contenga simultáneamente su desvelo cósmico. Para otros campos se debieran intentar las mismas conexiones, si bien el arte no puede esconderse puramente en una constante niebla del ser.

Con todo, arte y desorden responden profundamente a la misma necesidad de armonía de la vida. Después que el artista ha logrado libertarse en su iniciativa esencial, aun le queda cierta atmósfera impenetrable de su ser en que el arte se llora a sí mismo. Es la zona ideal, irreductible e insuperable, en que el espíritu no se conforma sino mezclándose ardientemente a esferas estelares. Los sueños transfiguran en esa zona su vitalidad subjetiva de belleza. Por eso se quiere, en todos los tiempos *t o t a l e s* de la plástica o de la música, subjetivar la expresión a objeto de conquistar en ella la plasticidad del espíritu. Con ello, además, entiende el artista cuando es en él «fecundidad de lo insuficiente», que postulara Goethe. Si una obra se liberta estéticamente en lo que es, su belleza tiene sangre del espíritu. Es, entonces, obra decisiva, de perduración y comprensión sobrehumanas. La honradez del

artista, consciente de los ardores de su frenesí, parece equilibrarse en su propia desnudez de misterio. Tiene, seguramente, cierta e invulnerable conexión en que el demonio del arte apacigua sus furros y deja entrever las alas del ángel.

Mendoza, 1935.